

La Familia un reto y Compromiso para la juventud

(Artículo para la etapa de discernimiento, camino al 3er. Congreso Latinoamericano de jóvenes)

P. Benito Del Vecchio, sdb

EN LA ESCUELA Y EN EL COLEGIO CON LOS HIJOS

Los padres no pueden pensar en “delegar” la educación fundamental de la persona a la escuela o al colegio. En otras palabras, no deben solamente “esperar” ciertos resultados. Deben colaborar para lograrlos. Ellos son los maestros de madurez humana.

Para lograr tal objetivo la familia y la sociedad hacen una alianza en ese periodo particular que es la escuela y el colegio. La familia puede hacer mucho para que sea mucho más sereno, útil y eficaz este importante periodo de vida de los hijos.

La escuela y el colegio son un gran periodo de aprendizaje. Lo que efectivamente los muchachos deben hacer, es apoderarse de los instrumentos fundamentales para influenciar creativamente en la realidad humana. Deben aprender a pensar, a expresarse correctamente, a usar creativamente todo aquello que sirve para realizar la tarea humana fundamental. Deben lograr realmente el uso de razón. Es como si tuvieran que aprender un oficio y eso exige tiempos largos. Nadie aprende a estudiar sencillamente porque recibe la orden “¡Estudia!”, amenazas o chantajes de diverso tipo.

Las transformaciones siempre más rápidas en el campo de la informática y la telemática, la continúa evolución en el campo legal y económico, ponen a los estudiantes frente a un problema urgente. Deben aprender en forma flexible y en tiempo muy corto.

Un oficio se aprende generalmente mirando e imitando al que es experto. La autonomía, las habilidades sociales, la disciplina intelectual, todo lo que constituirá lo que llamamos “ser uno mismo” del hombre maduro, se aprende si es propuesto y, en ocasiones impuesto.

Nunca los dejen solos, pero no los sustituyan. En lo posible, los padres deben evitar dos conductas opuestas: ponerse en el lugar de los chicos en el desarrollo de sus tareas, o abandonarlos a sus propias fuerzas, realizando cuando más la función de “cuidadores”.

Denles una motivación sólida. El problema de fondo de los muchachos es el siguiente: “¿Por qué tenemos que estudiar?”. Los padres deben manifestar claramente sus expectativas. A través del aliciente y el ejemplo, sobre todo. En el fondo, los niños estudian a la fuerza. Los estudios son algo que les interesa a los adultos, no a ellos. Los pequeños quieren enterarse, eso sí. Tienen una curiosidad inmensa, que la escuela ordena y enrumba, como el agua destinada a producir energía eléctrica en una central. Esto pide esfuerzo. Pero muchos chicos no logran ver un propósito convincente en esta sucesión de materias escolares. La indefinida indicación de un mítico “diploma” ya no es suficiente.

En la casa, los chicos deben ver concretamente “de qué sirven la escuela y el colegio”. Si la escuela no es relacionada con la vida, corre el riesgo de ser percibida como una inútil y tormentosa obligación. El periodo escolar de los hijos es la más grande inversión de los padres para el futuro: una inversión que deben protegerse en todas las formas posibles. La primaria y la secundaria no son una condena. Hay que luchar, y mucho, para que los hijos sientan el placer de aprender, el placer de leer, el placer de razonar. El amor por los libros, por ejemplo, normalmente se aprende en la casa.

Enseñen un método de trabajo. El cerebro se hace tanto más eficiente cuando más eficientemente es usado. La memoria trabaja tanto mejor cuanto más se la hace trabajar. La inteligencia de muchos jóvenes corre el riesgo de atrofiarse, simplemente por falta de ejercicio. Para poder lograr el “pensar”, el niño necesita que se le enseñe a pensar. Para poder usar adecuadamente la memoria, necesita que se le enseñe a recordar. Para poder resolver adecuadamente los problemas, necesita que se le enseñen las técnicas de solución de los problemas. Descubrir el “cómo se hace” en el estudio, les hace

a los muchachos más seguros en un campo tan importante de su vida y en una edad que ansiosamente busca sobre todo la seguridad.

Ayúdenles a administrar el tiempo. Es importante que los padres ayuden a los hijos a “mantener el día en orden”, a hacer un programa jerárquico de los compromisos. Es bueno que los padres controlen la agenda con los hijos. Para ayudarlos a hacer una programación que debe integrar a los empeños escolares, también la diversión, el juego, el deporte, actividades colectivas. El estudio necesita tranquilidad y serenidad global.

Eviten las ansias “del fracaso”. Es necesario mantener siempre separada la estimación por el hijo como persona de sus resultados escolares. A menudo el juicio escolar se fija tan solo en el resultado y no toma en cuenta el progreso que hubo. Muchas dificultades escolares nacen de problemas que nada tienen que ver con la pereza ni la distracción.

Están presentes en la vida escolar. ¿Cómo esperar que un niño tome en serio la escuela o el colegio, si sus padres no se interesan en eso? Los hijos sienten que es importante lo que los padres demuestran considerar importante. Los padres deben participar en las reuniones y en los encuentros y hacerlo no como si fuera una especie de contrapartida de la instrucción escolar, sino sintiéndolo como el más precioso de los aliados.

UN HIJO ORGANIZADO

Los pequeños necesitan organizar su mente para encaminar y orientar su aprendizaje, su pensamiento y su forma de recordar y producir, según una secuencia temporal utilizable y un esquema espacial coherente.

No es una operación instintiva y no es sencilla. Recordar cómo hay que atarse los zapatos y más tarde, cómo hacerse el nudo de la corbata, requiere de la habilidad de memorizar y luego recuperar secuencias motoras. Recordar los cumpleaños, la receta de la torta de manzanas o un chiste bastante largo, son todas acciones que requieren de la capacidad de memorizar las cosas en el orden correcto.

Es muy importante, en ese periodo, que los padres, por un lado, impulsen a los hijos en el entrenamiento y, por otro, hagan el esfuerzo de observar eventuales puntos débiles en este campo. El que no aprende a tener una mente “ordenada” corre el riesgo de tener una vida de estudio llena de tropiezos y sobresaltos y desalentadora.

La exigencia de organizar el tiempo personal crece aún más en la escuela superior. Aunque muchos adolescentes tienden a dejarla de lado o rechazarla.

Todos los chicos deben ser ayudados en el aprendizaje de la administración del tiempo, por ejemplo, haciéndoles preparar el programa de una tarde, compromisos o el itinerario de las vacaciones. Con los niños y los preadolescentes, es mejor usar relojes analógicos y no digitales, así ellos pueden observar el movimiento de las manecillas y organizar su tiempo en base a los intervalos sucesivos que tienen su compás en el reloj. Inclusive, la escuela debería contribuir en esta función educativa, haciendo que los chicos escriban horarios y planes de trabajo o completen proyectos de largo alcance, ilustrando sucesivamente las varias etapas de los mismos.

Profesores y padres deben estar listos siempre, para darse cuenta si el niño se desorienta, se distrae o incluso entra en crisis cuando recibe instrucciones u órdenes complejas a realizar en varias fases. En efecto, pudiera tratarse de un caso de memoria secuencial inadecuada. Sería bueno que los padres impulsaran a los hijos a tener una agenda y controlar con los compañeros lo que se les ha pedido que hagan.

Desde los primeros años de vida, poesías, canciones y juegos basados en el ritmo pueden reforzar las capacidades de ordenamiento secuencial. Los refranes con el alfabeto y los meses del año y otros diferentes expedientes de tipo práctico son

particularmente eficaces. En general, la música representa un óptimo medio para favorecer el ordenamiento secuencial.

Las exigencias del colegio pueden representar una verdadera terapia de choque para la adquisición de la capacidad de administrar los objetos. En la casa, un ambiente de trabajo bien organizado ayuda enormemente. Los padres deberían ser comprensivos y ayudar a los muchachos que tienen problemas con el orden espacial para que lleguen a ser más organizados. Es totalmente inútil repetir lamentos y recomendaciones.

Palabras inútiles que sirven tan solo para mortificar a los hijos. Es mejor ayudarlos a hacer un “mapa” de los objetos y usar etiquetas en los cajones.

“NO SÉ QUÉ QUIERO HACER DESPUÉS...”

Los hijos no están en posibilidad de resolver por sí solos el caótico problema del futuro. En este campo tienen más que nunca necesidad de un adulto, porque la solución del problema depende de una serie de comportamientos típicamente adultos y maduros que solo los padres pueden enseñar con paciencia y cariño.

“La chompa es lo que tengo que ponerme yo cuando mi mamá tiene frío”, afirma tranquilamente un muchacho. Los más grandes pudieran decir: “Economía y Comercio es la facultad que frecuento yo porque le gusta a mi padre”

El problema del “después”, del futuro, está convirtiéndose en uno de los más difíciles en la relación entre padres e hijos. Hay una atmósfera de inquietud, incertidumbre y también miedo. De aquí surgen situaciones contrastantes. Un silencio con pautas de intolerancia con varias manifestaciones, irritantes peleas, una forma de vivir casi obsesiva el presente, rechazando el problema. Los adolescentes llegan a ser el terreno de pelea entre dos mundos: el exterior, hostil, amenazador y para nada acogedor, y el interior, poblado de sueños y deseos que, a menudo, no se atreven a confesar. Y justo ese es el momento en que se les pide que “decidan qué hacer después”.

El futuro comienza en el momento del nacimiento. El niño no es un disquete virgen de computadora. Ya nace marcado por muchos elementos. El futuro está escrito en las características fundamentales de la persona, en sus inclinaciones, en la situación concreta ambiental, social económica en que se halla. Este es el trampolín, la base de lanzamiento. La forma peor de empezar es no apreciarlo. Una bellísima plegaria enseña a decir: “Amo el puesto donde me hallo, amo a la gente con quien vino, amo mi vida...”

Aprender el arte de elegir. Elegir normalmente es doloroso, ya que siempre significa renunciar a algo. Es fruto de reflexión madura. Esta es una operación sumamente difícil en este mundo en que todo está bajo el sello de la seducción más descarada, que presenta como brillantes espejismos e ilusiones. Desde pequeños los hijos deben entrenarse en hacer elecciones que apunten a un fin determinado. Deben acostumbrarse a tomar decisiones.

Hay que tener sentido de la realidad. Padres – hijos – realidad: este es el Triángulo de las Bermudas donde se pierden los sueños. El choque entre las expectativas de los padres y los sueños de los hijos es normalmente sangriento. Los muchachos hoy viven suspendidos en una realidad con frecuencia ficticia. Evaluar con objetividad las posibilidades concretas es muy difícil para ellos. Si no son ayudados, se lanzan casi a ciegas en una facultad universitaria o un trabajo tan solo por haber sido agradablemente impresionados por la hojita que les hace propaganda.

Saber planear. Significa tener metas y objetivos y planificar la forma de lograrlos. Esto también se aprende desde pequeños. Los adolescentes tienen notables reservas de energía que, sin embargo, a menudo corren el riesgo de quedar inutilizadas si no son impulsadas por un “reto” adecuado. El hombre que tiene éxito es siempre el hombre que tiene una idea (que jamás pierde de vista) y no de treinta y seis mil proyectos que no logra llevar a cabo.



Tener voluntad. Los muchachos tienen un recurso importante a invertir: la fuerza de voluntad. En realidad, cada vez están menos entrenados para el esfuerzo. Tienen veleidades, no voluntad. Deben ser impulsados con el ejemplo, no con los sermones.

Prepararse. La espera no es un tiempo vacío: es el tiempo de la creación. Los padres pueden y deben dotar a los hijos con estructuras mentales y éticas, con cualidades humanas e intelectuales, en colaboración con el colegio y la escuela. El fracaso escolar siempre es señal del fracaso de una “relación”.

Buscar juntos. “Tú no sabes lo que quieres”, es una ofensa que duele mucho, sobre todo porque lanza a la cara la verdad. Es peligroso considerar el asunto en forma simplista: los padres preguntan – el hijo responde. La elección del futuro es el camino más difícil a cruzar: los hijos deben ser tomados de la mano, con discreción, pero también con firmeza. La consejería es una actividad que está poniéndose de moda. El orgullo, la vanidad y en ocasiones inclusive la timidez, son una fuente de peligros notable: crean la ilusión de que ya se sabe todo e impide pedir consejo. Hallar a un buen consejero significa, a menudo, descubrir un atajo y ahorrar tiempo.

Saber recuperar. El que actúa puede fracasar. El miedo al fracaso paraliza a muchos. Sobre todo, en un mundo que ensalza el éxito como única meta. Los padres pueden garantizar a los hijos un clima de seguridad y confianza como, por ejemplo, “en todo caso puedes contar con nosotros”, que les permita digerir eventuales decepciones, sin desalentarse, y volver a empezar.

Pensar en términos de “vocación”. De alguna manera, todos tienen una “misión” que cumplir. No estamos aquí tan solo para “pasar la vida”. Descubrir y escuchar este llamado interior, es el secreto de una vida exitosa.

COMO EL AGUA PARA LOS PECES

El espíritu de la familia

Si la familia feliz fuera un rompecabezas, ¿cuáles serían las piezas que la componen? Es lo mismo que preguntarse ¿cuáles son los componentes, los ladrillos, de la familia feliz? Don Bosco usa una expresión típica que coloca en la base de su sistema educativo: Espíritu de la familia. Don Bosco quiso que sus planteles se llamaran “casas” y en el pequeño tratado Sistema Preventivo escribió que los educadores deben ser “padres amorosos”. Con tales expresiones intentaba describir una atmósfera difícil de expresar y definir, pero decididamente respirable, algo similar a lo que el agua es para los peces. Algo que hace espontáneamente exclamar: “Aquí estoy bien”. ¿Cuáles son los elementos que hacen el espíritu de la familia? Don Bosco claramente intuyó que la familia no está constituida por el lazo de sangre, las motivaciones económicas, legales o sociales. Ni religiosas tampoco. El único lazo que “hace” la familia es el afecto, el amor.

Es el amor el único terreno que da a los niños y los muchachos el alimento humano, moral, psicológico y cultural, que les permite crecer. Esta es la roca sólida y no la arena, sobre la cual podrán construir su casa.

La familia puede ser definida como el núcleo efectivo originario. La familia feliz es una familia que vive en un auténtico, profundo, sincero y estable clima afectivo.

Y se concreta en una serie de factores vitales: los que forman el verdadero “espíritu” de la familia.

Estar presente. Se trata del “querer hacerlo”, la inversión del tiempo, energías, voluntad, dedicación, sacrificio, en otras palabras: todo lo que uno da de sí mismo a la familia. La familia es lo primero. Demasiadas familias “se mueren” simplemente por negligencia.



La familia es un sistema, y eso significa en primer lugar que nadie está excluido, nadie es espectador, nadie puede decir: “yo no tengo que ver”. En la relación circular, cada elemento es al mismo tiempo punto de partida y punto de llegada, receptor y transmisor en el círculo – sistema de la familia, cada cual tiene un lugar tal que, si no estuviera-, el sistema entero sería distinto, sería “otra” familia. No importa lo que pase en la familia, nadie puede decir: “Yo no estuve”, “Yo no tengo nada que ver”. Incluso el que intenta evadirse, el que intenta –de labios para afuera- dejar libres a los demás con uno de los infinitos síntomas inventados por la fantasía humana, no hace más que decir: “Aquí estoy” y su comportamiento influencia y es influenciado por el de todo los demás. Cualquier cosa que haga, inclusive, por ejemplo, quedarse en cada todo el día o emborracharse, en un intento de decir “no estoy”; todo intento de fuga de la realidad es vano ya que incluso si yo comunicara que “no estoy”, en esta “no presencia” me haría presente. Todos sabemos que son diez, cien mil formas de decir en familia: “Yo no estuve”.

Amarse mutuamente (y ¡decírselo!). El amor “unidireccional” es un contrasentido que dura poco. Todos son responsables de la felicidad familiar.

Hacer cosas juntos. A la pregunta: “En tu opinión ¿qué se necesita para tener una familia feliz?”, la respuesta de 1500 muchachos no fue el dinero, los coches o una casa hermosa, sino “la posibilidad de hacer algo juntos”. “Pasarnos el tiempo juntos, tanto trabajando como divirtiéndonos”, escribió una madre. “Nos sentimos más cerca unos de otros precisamente trabajando juntos”.

Comunicar. “Dedicamos mucho tiempo a la conversación informal, afirma un padre, en ocasiones se manifiesta un problema, un estado anímico o algún valor que pulsa con urgencia dentro de nosotros y pide ser discutido. Pero si mi hijo no logra hablarme de coches o deportes ¿por qué debería esperar que quiera enfrentar conmigo el candente tema de la distribución de droga en los colegios?” Los padres deben aprender a hablar con los hijos, no a los hijos.

Apreciar. Sentirse estimado y apreciado por los demás es una exigencia vital de todos los seres humanos. En las familias felices, el grado de apreciación recíproca es altísimo. Una madre escribe: “Todas las noches entramos al dormitorio de nuestros hijos, los abrazamos fuerte, los besamos y les decimos: ustedes son realmente unos buenos chicos y les queremos mucho. Creemos que es importante comunicar este mensaje al terminar cada día”.

Transmitir. La familia es el primer vehículo de conocimiento del mundo: transmite valores, juicios, conceptos e ideologías. Es el mejor lugar para “crecer” juntos. La transmisión del saber está sobre todo en manos de los padres, quienes sin embargo aprenden a su vez cosas importantes de los hijos que llevan a casa nuevas informaciones y tendencias. Es importante recordar que los seres humanos aprenden de los modelos. No aprenden una cosa porque es expresada. Aprenden mirando, observando, tomando una cosa y poniéndola a prueba. Así es como se aprende en la familia.

Ayudar. ¿Dónde se puede hallar ayuda y consuelo en los momentos difíciles sino en la familia? Una familia sana es un lugar en el cual se entra para buscar consuelo, para crecer y regenerarse, un lugar del cual uno sale renovado y restaurado, lleno de la fuerza necesaria para enfrentar a la vida con actitud positiva.

Probar. La familia es el terreno de experimentación en el cual se ponen a prueba ideas y comportamientos, recibiendo del mismo un “reflejo”, un “retorno” que permite ajustar o coordinar la imagen de uno mismo. Los adolescentes, por ejemplo, necesitan probar ideas y conductas, así como se prueban los trajes frente al espejo. Quienes nos aman nos hacen encantados de “espejos”. Y cuando es conveniente, nos corrigen con bondad.

Resolver los problemas. Incluso las familias unidas tienen sus problemas, pero tienen la capacidad de superar las inevitables dificultades conforme éstas se presentan. Frente a todo problema nunca se preguntan “¿de quién es la culpa?” ni pierden tiempo en hacer procesos o analizar los aspectos negativos de las personas involucradas. Su pregunta es siempre esta: “¿Cómo podemos salir?”.

Tener un alma. El amor familiar no sobrevive sin una raíz “grande”. Las familias felices expresan concretamente en la vida

diaria su dimensión espiritual. Comparten valores auténticos, no solamente casa y comida. La familia que reza reunida, con el tiempo adquiere un alma grande, hecha de ternura, perdón, comprensión, Dios.

Perdonar. “Cuando un litigio ha terminado, hay que olvidarlo”, dice un sabio. El amor familiar es siempre indulgente. Los hijos deben ser reprochados sin que duden un solo instante del amor de sus padres.

Celebrar. Las familias felices “celebran” su felicidad. Con todas las fiestas y solemnidades posibles, pero también con un clima normal de felicidad y optimismo.

Matemáticas del amor

Estas son las matemáticas que necesitamos: “Restar sufrimientos, dividir bienes, sumar alegrías y multiplicar esperanzas”.

Restar sufrimientos. Es la misión que realizamos al ponernos en el lugar de los otros con una amorosa comprensión.

Al tratar a los demás como queremos ser tratados borramos las penas con el servicio y cambiamos lágrimas por sonrisas.

Dividir bienes que es lo mismo que compartir y hacer justicia social. Para lograrlo hay que creer en el desapego.

Dividir bienes es crear la hermandad con la solidaridad para que no haya demasiados con poco y poco con demasiado.

Sumar alegrías es el bien que hacemos con la magia del amor, con los detalles, el diálogo, el perdón y la ternura.

Multiplicar esperanzas es urgente cuando reinan la falta de fe y el desaliento. Seamos, pues, sembradores de ánimo y optimismo. En constante unión con Dios somos capaces de insistir y dejar este mundo mejor de lo que lo encontramos.